

De las implicaciones entre el educador y el educando: construcción de *un sí mismo*

The implications between the educator and the learner: construction of a self

Francisco Macias Arriaga*

Resumen: ¿Qué implica educar a otra persona? ¿Por qué se le dedica tanto tiempo a esta actividad? El motivo es formar a un individuo singular. Esto se logra cuando un educador se coloca a sí mismo, desde su existencia, como modelo a seguir para el educando. Enseñar a una persona a ser sí misma no es cosa fácil, es necesario tomar actitudes de sinceridad y hablar con verdad. La imitación juega un papel importante en el proceso de enseñanza, aunque debemos contemplar la posibilidad de que puede ser contraproducente para los implicados en el proceso.

Palabras Clave: Aprendizaje, Educando, Educador, Imitación, Formación

Abstract: What does educate another involves? Why do you spend so much time on this activity? The reason is that you have to form a singular individual. This is achieved when a teacher placed himself, from its existence, as a model for the learner. Teaching a person to be himself is not easy, it is necessary to be sincere and talk with truth. Imitation plays an important role in the teaching process, but we must be aware of the possibility that it may become against those involved in the process.

Key words: Learning, Student, Educator, Imitation, Formation

El hombre, como todo animal, se ha caracterizado porque su proceso de aprendizaje lo realiza imitando a sus predecesores. Aprende a hablar escuchando lo que los demás dicen e imitando los sonidos que él escucha; camina por imitar a quien se mueve a su alrededor de manera erguida; coloca su atención en las

* Licenciado en Filosofía por la Facultad de Humanidades. Universidad Autónoma del Estado de México. Correo electrónico quixotemdcv@gmail.com

cosas que los demás tienen por importantes y la desvía de aquellas a las que no se les pone ningún interés. En el proceso de aprendizaje, el ser humano, depende de lo que los demás hagan, pues ese es el modelo a seguir. El proceso de aprendizaje se da por imitación.

Al enunciar lo anterior, nos damos cuenta que en ese proceso se encuentran implicadas, al menos, dos personas: el educando, que tiende a imitar, y el educador, que sirve como modelo de esa imitación. Por otro lado, podríamos preguntar ¿cuál es el fin de que ese educador dedique tantas horas de su tiempo en enseñar al otro, al educando, a ser de una cierta forma? Podemos afirmar que el fin al que aspira el educador, y también la educación en general, es a preparar al educando para ganarse a sí mismo, para poder adquirirse a sí, para poder ser, en términos kierkegaardianos, un individuo singular. Esto puede sonar contradictorio, tratemos de aclararlo.

¿Cómo alguien, de quien su proceso de aprendizaje ha sido por imitación, puede llegar a ser un individuo singular? ¿Es que acaso no se está imitando el modelo al que se está siguiendo? En un primer momento, el ser humano se ve en la necesidad de imitar a quien se encuentra a su alrededor, para después alejarse de él y comenzar una nueva etapa de su vida, no despreciando lo que ha aprendido sino ayudándose de ello para ser lo que verdaderamente quiere ser: un ser individual singular*, en igualdad como el maestro que le ha enseñado y en constante diferencia con él: igualdad en las determinaciones de ser un único individuo; y diferente por ser distinto de aquel que le ha enseñado a lo largo de ese proceso y en la manera de ser desigual a quien le ha enseñado, de otro modo la educación habría fracasado.

Ya que en la educación se encuentra en juego, no poca cosa, la formación de un individuo singular, de un ser único, debemos tener nuestras precauciones al

* Tenemos que hacer una distinción entre el ser individual y el singular. En el pensamiento kierkegaardiano el individuo es sólo un número de la masa, que puede ser absorbido por ésta. Este individuo no rinde cuentas de sus acciones a nadie y cuando comete algún error se oculta en la masa. En contraparte, el Singular se aleja de la masa, a la hora de actuar no se esconde de sus acciones, se hace responsable de ellas.

momento de elegir al educador para cada uno. Es cierto que, cuando niños, no somos capaces de discernir entre lo bueno y lo malo, por ello se eligen a personas que, en lugar de hacer un bien al educando, hacen o causan un mal para el sujeto que se encuentra en la etapa de formación de sí mismo. Y quizás nadie de nosotros sea culpable de haber nacido en una familia determinada y tener una cierta formación o un modo de ser. Pero cuando los ejemplos que se dan para formar a aquellos que se encuentran alrededor, ellos mismos salen perjudicados, dándose cuenta de que esa forma de actuar, por parte del educador, en vez de causar un bien les hace un mal. El educando tiende a alejarse de su lado para iniciar una vida propia. Además, debemos tener en cuenta que durante todo el desarrollo no solamente se tiene un solo modelo, se tienen varios, pero de esos varios lo ideal es sacar lo mejor de cada uno.

¿Cómo debe ser el educador? ¿Cómo debe ser el modelo a seguir? El educador debe ser una persona ejemplar, un individuo singular que se haga cargo de sí mismo, de las decisiones que deba tomar y de las consecuencias que de ellas devengan, y en ese hacerse cargo de sí debe enseñar al otro a hacerse cargo de sí, a que lo imite en esa forma de ser para que, posteriormente, pueda ser un individuo singular. Conocido es por todos nosotros aquella actitud que Antístenes tomaba cuando alguien quería ser su discípulo: le daba golpes con su báculo. Antístenes se afanaba en ser de esa forma y se hacía cargo de las consecuencias que ese modo de ser podía implicar. Cuando Diógenes, *el perro*, se le acerca con la intención de convertirse en su discípulo, es recibido a golpes de bastón por el sabio. Ese modo de ser al que se aferraba Antístenes lo imitó Diógenes tratando de que fuera aceptado como su discípulo, se aferraba a esa forma de ser y aceptaba las consecuencias que devenía de ello, pero consiguió su objetivo gritándole al sabio: “Golpea, pues no encontraras un leño tan duro que de ti me aparte durante tanto tiempo como para que me des la impresión de proferir palabras sensatas” (Onfray, 2002: 53), desde ese momento Diógenes se convirtió en discípulo del Can Mayor. *El perro* logra su objetivo por imitar ese modo de ser

de Antístenes, ese aferrarse a ser diferente y a hacer lo contrario a los demás: imita al viejo sabio y se desprende de los demás para ser único.

Trayendo el problema de la educación a un contexto contemporáneo, nos daremos cuenta que ahora los educadores ya no enseñan a los educandos a base de golpes, eso si no tomamos en cuenta las actitudes retrógradas de algunos profesores, sino que es a base de ejemplos. El ejemplo a seguir, el educador, coloca ejemplos para el educando, para ilustrar aquellas cosas que pudieran ser obscuras para la mente de quien está recibiendo la información, ejemplos que aclaran las situaciones en las que se encuentra o se puede llegar a encontrar el educando. De esta forma “[...] El maestro no sólo expone su tema. En la enseñanza de un tema, él o ella enseñan un modo de vida, se dé o no cuenta el maestro. El maestro confiere valores en cada momento que está en presencia de un alumno. `Gesticula con el todo de su existencia.’” (Curtis y Mays, 1984: 60) El educador debe tomar la actitud de enseñar a partir de la vida, de su vida, dar ejemplos con lo cotidiano y demostrarle al educando cual es la utilidad de esos conocimientos adquiridos, no desde la perspectiva utilitarista, más bien, desde la perspectiva de la existencia.

Al educador se le exige congruencia, ya que en las lecciones que imparte él muestra un modo de vida. ¿Qué se pensaría sobre un hombre que ha escrito un texto excelente sobre la educación del niño y abandona a sus hijos en el orfanato? ¿Qué pensaríamos de un tipo que defiende el matrimonio como un estado en el que el ser humano se desarrolla plenamente pero que nunca adquirió ese compromiso? A las conclusiones que podemos llegar sobre estos dos personajes es que no hablaban de una manera coherente, se expresaban de estados en los que ellos nunca quisieron estar. La congruencia entre el pensar, el decir y el actuar es lo que se le exige al educador, pues no podemos creerle al profesor de escuela que nos habla de la importancia de los valores y derechos individuales y a sus alumnos los trata como si fueran animales o algo inferior a él.

Al educador se le exige que enseñe con la existencia propia. Si al educando se le da un ejemplo fantástico, que no haya sucedido en ninguna parte del mundo (supongamos que eso sea cierto) y por pura casualidad se encuentra con dicho caso ¿el educando podrá responder de la manera adecuada? Se le ha enseñado de una manera hipotética, casi inimaginable, y a los resultados que llegó en el momento de la enseñanza fueron unos actos determinados, contextualizados y no había posibilidad de más respuestas; pero cuando se le enseña a reflexionar desde la existencia propia, las posibilidades que se abren son inmensas, ¿cómo respondería el educando al ver tantas posibilidades y no las posibilidades limitadas que se le presentaban en el caso hipotético? De ahí la importancia de tomar a la existencia como un modelo de enseñanza.

Al enseñar desde la existencia, el educador está mostrando al educando la importancia de hacerle frente a las decisiones que se puedan presentar en la vida, no lo deja en casos hipotéticos e imaginarios, le enseña a formarse a sí mismo. El alumno aprende a imitar al educador en esas actitudes, las de enfrentarse al mundo y hacerse responsable ante las consecuencias, para poder formarse a sí mismo, no dependiendo de los demás, ni siquiera del propio maestro. El educando ha tomado lo bueno del maestro y se aleja de él, marca su distancia, pues son vidas totalmente diferentes la una de la otra.

Para conseguir que el educando llegue a ser un verdadero sí mismo, el educador y su allegado tienen que ser seres *parrhesicos*,[†] es decir, ambos tienen que hablar con sinceridad y con verdad. El educador al dar sus discursos no lo tiene que hacer como un demagogo o un político, sino que tiene que darlos desde su subjetividad, desde las experiencias que ha tenido, desde su existencia, tratando de ser sincero para que el educando pueda comprender la complejidad de la existencia, y de la manera más verídica posible, para que nada que haya sido vivido por el educador se quede velado y no pueda ser utilizado por el que está recibiendo la instrucción. El alumno tiene que ser sincero y hablar con la

[†] Para un estudio más completo sobre el término *parrhesia* ver el texto *La hermenéutica del sujeto* de Michel Foucault (México, FCE, 2002) en la clase del 10 de marzo de 1982, primera hora.

verdad para dirigirse al educador y no ocultarle nada de los conflictos a los que se enfrenta a diario. Una actitud *parrhesica* implica la sinceridad del educador y el educando con el fin de formar a un individuo singular, diferente de todos los demás, capaz de armarse con las enseñanzas verdaderas que le da su preceptor, para poder enfrentarse con la vida a la que ha sido arrojado, en la que tiene que desarrollarse, desenvolverse, formarse.

Aquí debemos hacer la aclaración que la educación que se le da al educando no es de aquella forma que busca sólo “dotar de una serie de aptitudes definidas de antemano” a alguien, más bien es “la transmisión de una verdad que no tiene la función de proveer a un sujeto cualquiera de aptitudes, etcétera, sino la de modificar el modo de ser de ese sujeto al que nos dirigimos.” (Foucault, 2002: 388) La educación no sólo consiste en la transmisión de conocimientos acabados, casi muertos, que el educando tenga que almacenar en la memoria, antes bien, esos conocimientos tienen que estar vivos, sin acabar, para que el individuo en potencia pueda hacer uso de ellos e incorporar algo nuevo en el proceso de formación de sí mismo. No hay que decirle al individuo singular lo que debe hacer y como debe hacerlo, sino darle ejemplos que le inviten a actuar por sí mismo, que lo inviten a imitar las actitudes del maestro, las actitudes de actuar por sí mismo, de arriesgarse a encontrarse y a conseguirse a sí mismo.

El educador tiene que ser un maestro de verdad, no de una verdad científica, acabada, antes bien, que posea las verdades que le ha enseñando la vida. Estas verdades le han costado, al maestro, muchas experiencias amargas, otras más gratas, pero siempre se ha visto implicado en ellas, ha sido partícipe y actor en activo de ese proceso. El educador no puede mentir ni demostrar ignorancia sobre lo que ha vivido, pues él lo ha vivido, él conformó el hecho del que está hablando. Saberse partícipe y creador de conocimiento, aunque sea conocimiento personal, da a quien habla de ese conocimiento un grado mayor de veracidad, pues habla desde su experiencia. Esto es lo que se les debe enseñar a los alumnos: a vivir de una manera buena, a saber vivir.

Para que el educando pueda aprender a bien-vivir debe ser educado en un ambiente especial: el de las decisiones personales. El educador, ante todo, le debe mostrar cómo se debe tomar una decisión, no decirle qué decisión ni cual de todas es la mejor; con que le muestre cómo es que se deben tomar las decisiones, el maestro habrá cumplido con su parte. Cuando niños nos asombramos de ver a los adultos con una cara de preocupación que podemos jurar que no hay ser más preocupado en este mundo que quien es objeto de nuestra observación. Cuando grandes podemos comprender el por qué de esa cara y esa expresión tan inquietas e inseguras: estaba tomando una decisión. Al alumno se le debe forjar en este terreno e invitarlo a tomar sus propias decisiones por sí mismo, aunque parezca redundante. La toma de una decisión, la elección de algo “es decisiva para el contenido de la personalidad, ésta, al elegir, se sumerge en lo elegido, y si no elige, se atrofia y consume.” (Kierkegaard, 2007: 154)

Para que un educando elija bien, el educador le debe mostrar el camino en ese pequeño sendero, pues tomar una decisión es de lo más complicado que puede haber en el mundo. Por ello al alumno se le debe enseñar, con el ejemplo para que pueda imitar, que antes de tomar una decisión debe meditar desde su interioridad, ¿qué le está planteando el problema?, ¿cuáles son las posibles soluciones que él, como sujeto implicado, puede encontrarle a dicho problema?, ¿las soluciones que ha visto son viables?, ¿alguna respuesta es benéfica para él y ayuda a la conformación de sí mismo?... todas estas preguntas las debe plantear el educador para que el educando pueda planteárselas desde la primera persona, desde su subjetividad.

Se me echará en cara ¿por qué plantear tanto la subjetividad? La razón es que quien se está formando es un individuo singular. Por esa simple razón se tiene que decidir desde la subjetividad, no desde la otredad o desde la *masividad*, como muchos autores han planteado. El preocuparse por la formación de sí mismo no es un acto egoísta (Cfr. Hegel, 1966: 310), es una ocupación que cada uno debe tener para poder ser quien verdaderamente es y no dejarse absorber por

la masa, por los demás, pues en el momento de la decisión al sujeto le va su ser en cuanto su hacer. No podemos esperar que los demás decidan por uno, uno mismo tiene que decidir por y en pos de sí mismo.

El educador debe enseñarle al educando que las decisiones que tomen deben ser en pos de él, si en ese proceso de decisión los demás salen beneficiados ya será algo para aplaudir. Aunque en todo proceso de decisión individual se ve implicado el sujeto individual singular, éste lleva consigo la posibilidad de los demás, pues al elegir en la individualidad se elige por los demás, esto es, cuando una persona elige desde sí misma abre las posibilidades para que los demás, en un proceso de decisión, elijan lo mismo que quien ha estado antes que ellos en esa misma situación. Por ello, el educando debe saber tomar una buena decisión para con él, pues en esa decisión se encuentran las posibilidades de los demás.

El alumno debe imitar las actitudes que el educador asume antes, durante y después de una decisión. Cuando el alumno aprenda y aprehenda, es decir, cuando haga suyas esas actitudes intelectuales y existenciales que le ha mostrado el maestro, es cuando el educando se encuentra listo para separarse de quien lo ha ido formando en el plano de las decisiones importantes. El educador no le ha dicho qué es lo que debe hacer, cómo debe hacerlo, cuál es la mejor opción para él. No, el educador le ha enseñado a elegir y se lo ha ejemplificado con su misma existencia. Partiendo de ahí, el educando tiene que iniciar su propio camino donde él tendrá que adquirirse a sí mismo, desfasándose del maestro, pero recordando aquello que ha aprendido.

Este desfasamiento tiene que darse en un momento o en otro, pues si no se da, el educador cargará con la pesada vida de alguien que lo imita a la perfección, otro como él, pero que no es él, carga con un imitador que se cuelga de sus ropas rogando que no se le abandone, dependiendo totalmente de quien le ha guiado. En esta situación, la imitación tiende a ser mala, pues no se imita para mejorar aquello que se nos ha dado, sino que se imita para copiar y encarnar aquello que

el sujeto no es. No se logra una formación completa de la personalidad, antes bien, se atrofia, creando algo irreconocible a los ojos de quien lo ha educado. Este es un riesgo del proceso educativo en el que nos encontramos desarrollándonos.

Para concluir: el proceso de educación es un proceso que se da a partir de la imitación del educando para con el educador. El educador es un ejemplo de vida que debe mostrarle al educando cual es el camino para conseguir una vida buena, para vivir bien, para saber vivir. Este saber vivir lo muestra el educando con su forma de pensar y de ser ante ciertas circunstancias que impliquen decisiones, pues en la decisión es donde se debe educar al alumno, para que pueda aprender a ganarse a sí mismo, para que pueda ser un individuo singular y no una copia de quien le ha enseñado todo lo que ha aprendido. Lo que se debe enseñar no son las verdades científicas, antes bien, las verdades que el maestro ha obtenido de su experiencia diaria, de su existencia. Con ello afirmamos que el educador debe enseñar con su existencia, pues en cada tema, en cada lección, está mostrando un modo de ser, un modo de vida. Cuando el educando se encuentre listo y bien formado en el plano de las decisiones, debe separarse de su preceptor que lo ha guiado y comenzar su camino por cuenta propia. Si no lo hace, el educador carga con la existencia de otro, que no le puede ofrecer nada de beneficios.

Educar en la existencia y para la existencia. Formar a un sí mismo único, que pueda servir de ejemplo a los demás.

Bibliografía

CURTIS, Bernard y Wolfe Mays (Comp.)(1984), *Fenomenología y educación*, México, FCE.

FOUCAULT, Michel (2002), *La hermenéutica del sujeto*, México, FCE.

HEGEL, Georg Wilhelm Friedrich (1966), *Fenomenología del espíritu*, México, FCE.

KIERKEGAARD, Sören (2007), *O lo uno o lo otro: Un fragmento de vida II*, Madrid, Trotta.

ONFRAY, Michel (2002), *Cinismos: Retrato de los filósofos llamados perros*, Buenos Aires, Paidós.